

Prehistoria sin nacionalismo*

Robert G. Bednarik

¿QUÉ ESTÁ MAL CON LA PREHISTORIA?

Antes de considerar el papel de la prehistoria en el nacionalismo es esencial aclarar su condición, además del concepto de nacionalismo. El segundo parece comparativamente claro, pero la idea de prehistoria es algo oscura y requiere examinarse de cerca. Está basada en la idea de que existe un periodo en el pasado de una sociedad llamado historia, que termina en el presente y que comenzó en un punto específico en aquel pasado. El tiempo anterior a él es, entonces, la prehistoria del pueblo en cuestión. Parece haber un consenso general con respecto a que el evento que separa la prehistoria de la historia es la introducción de la escritura o, más precisamente, la disponibilidad de los registros escritos con los que comienza la historia registrada.

El primero en presentar el concepto en inglés fue sir Daniel Wilson,¹ quien había sostenido una relación epistolar con Thomsen y Worsaae, los daneses que fundaron el sistema de las tres eras: de Piedra, Bronce y Hierro. Wilson reorganizó la exhibición en el museo de la Sociedad de Anticuarios de Escocia de acuerdo con este sistema, convirtiéndose en el primero en emularlo, y muy probablemente adoptó el término danés *forhistorie*. Fue precedido por el uso francés de *anté-historique* (después *préhistorique*), que introdujo Paul Tournal en 1831. Durante la primera mitad del siglo XIX, cuando la arqueología rechazaba por completo la afirmación de

*Traducción del inglés de Agnes Mondragón Celis.

¹ D. Wilson, *The Archaeology and Prehistoric Annals of Scotland*, Edimburgo, Sutherland & Knox, 1851.

varios no arqueólogos de que existieron humanos en el Pleistoceno, tanto el sistema de tres eras como la idea de la prehistoria eran bastante revolucionarios, pero en la primera mitad del siglo XXI se han convertido en ideas anacrónicas, por lo que los méritos de perpetuarlas deben cuestionarse.

Por ejemplo, podría afirmarse que la sociedad de la India se encuentra hoy en la Era Nuclear, pero grupos específicos en India poseen tecnologías de la Era de Hierro, de Bronce (o Edad de los Metales), del Neolítico, Mesolítico y Paleolítico, respectivamente, que coexisten uno al lado del otro. ¿Son los jarawas, que utilizan herramientas de piedra, así como clavos rescatados de buques naufragados,² un pueblo de la Era de Piedra o de Hierro? ¿Qué decir de los sentineleses, que continúan respondiendo a cualquier esfuerzo por establecer contacto con ellos con hostilidad letal? Uno puede considerar el pueblo de la Era de Piedra en el Kimberley en Australia, que moldeaban sus lanzas mortíferas de puntas chatas al martillar en frío herraduras perdidas, así como otros aborígenes escalaban los postes de telégrafo para obtener aislantes de porcelana y tallarlos para transformarlos en herramientas. Claramente no hay lugar para el modelo de las tres eras en estas regiones del mundo, como no lo hay en lugar alguno fuera de Europa. No existe el Mesolítico en otro lugar, excepto donde los arqueólogos locales se esforzaron demasiado por cumplir con el modelo eurocéntrico. De hecho, el concepto mismo de un Mesolítico, en tanto que constituye la transición entre el Paleolítico Superior y el Neolítico, es muy probablemente erróneo. Pocos arqueólogos parecen haber notado que los pueblos costeros del Pleistoceno, aquellos que vivieron a menos de 140 metros sobre el nivel del mar, a la orilla de ríos principales y en las planicies de los deltas, habrían conformado más de la mitad de la población del mundo. Sus fuentes de alimento eran mucho más confiables que las de las tribus de tierra adentro, que perseguían manadas de animales, y puede suponerse que eran mucho más sedentarios, establecidos y tecnológicamente desarrollados. Pero aquí está la trampa: la arqueología no sabe absolutamente nada sobre ellos porque el mar ha borrado todos los rastros de su existencia. Con el tiempo, con el último aumento del nivel del mar y el final del Pleistoceno

² R.G. Bednarik y M. Sreenathan, "Traces of the Ancients: Ethnographic Vestiges of Pleistocene 'Art'", *Rock Art Research*, 29 (2), 2012, pp. 191-217.

no, estos pueblos costeros fueron forzados, poco a poco, a irse a terrenos interiores y más elevados y, por primera vez en la historia, se volvieron arqueológicamente visibles. Por lo tanto, lo que se percibe como Mesolítico en zonas de Europa es esencialmente la versión costera de un Paleolítico superior final.

Existen numerosas inconsistencias en la noción de las tres eras. Los sellos distintivos del Neolítico del Holoceno medio, por ejemplo, son molinos de mano (metates), la cerámica y la agricultura y, sin embargo, las hachas con bordes pulidos aparecieron hace decenas de miles de años en Nueva Guinea y Australia, la cerámica decorada surgió en el Pleistoceno de la cultura jomon temprana en Japón y los orígenes de la domesticación de plantas y animales presentaron un conjunto cronológico variado sin relación con el Neolítico. En Arabia Saudita puede encontrarse un Neolítico anterior a la cerámica, mientras que el Mesolítico de Europa, supuestamente anterior, contiene cerámica. No se utilizó el bronce en gran parte de África y Asia, ni en ninguna parte de las Américas, aunque ahí se desarrollaron sistemas de escritura. Ninguna de las supuestas variables diagnósticas se cumplen para estas eras eurocéntricas, y la introducción de la escritura ocurrió en el contexto de varias tecnologías. Incluso existen problemas con la idea de la disponibilidad de los registros escritos con los que comienza la historia registrada. Por ejemplo, los gobernantes incas podían ejecutar a todos los historiados para poder reescribir la historia sin obstáculos, y los dirigentes de otras sociedades usaban diversas medidas más sutiles para asegurarse de que la historia registrada fuera parcial en su favor. También es necesario recordar que durante la mayor parte de la duración del uso de la escritura casi ningún miembro de las sociedades en cuestión tuvo acceso a ella, por lo que resultaba fácil para las élites inventar la historia. Por ejemplo, la mayoría de las personas en Europa no aprendió a escribir sino hasta hace sólo un par de siglos. ¿Eran prehistóricos? ¿Fueron pueblos que poseían escritura, como los mayas, históricos o prehistóricos?³ ¿Y qué hay de los cientos de millones de personas que hoy no pueden leer ni escribir?

³ P. Bouissac, "New Epistemological Perspectives for the Archaeology of Writing", en R. Blench y M. Spriggs (eds.), *Archaeology and Language I*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997, pp. 53-62.

Por lo tanto, lo que pueden considerarse recuentos escritos históricamente precisos bien podrían ser propaganda o invención o, al menos, distorsión o embellecimiento. Pero existen cuestiones mucho más fundamentales que deben considerarse, como el etnocentrismo implicado. El término prehistoria puede resultar ofensivo para más de 90 por ciento de los humanos y las sociedades humanas que han existido: todos habrían considerado su pasado como historia. Así, la decisión de que el principio de la historia está marcado por la introducción de la escritura fue tomada por una pequeña minoría de la humanidad, sin consultar a la mayoría. Esta minoría es, de hecho, un enclave académico privilegiado de la humanidad que suele componerse de las mismas personas que limitan el término civilización a culturas con características enormemente restringidas, referentes a la suya. Uno podría usar parámetros bastante distintos para definir aquello que es civilizado; por ejemplo, una medida podría ser el nivel de respeto que una cultura tiene por la naturaleza o por otros seres vivos, una variable que mostraría que la civilización occidental es inherentemente incivilizada.

Es tal vez más importante notar que este etnocentrismo innato también es responsable de una visión de cultura que se autoengrandece, una visión que entra en gran conflicto con la definición científica de cultura. Aquí, la naturaleza no científica de la arqueología y la historia se hace patente. En primer lugar, el significado científico de *cultura* es el de la transferencia no genética de prácticas entre conoespecíficos, es decir, a través del aprendizaje. Por lo tanto, numerosos animales tienen cultura, y las diferencias yacen sólo en el grado de complejidad y de las capacidades de aprendizaje. Pero en algunas disciplinas de las humanidades existe al menos una leve resistencia a la idea de que los humanos son animales, un punto en el que resulta evidente que están involucrados valores que resultan de creencias. La noción del progreso cultural o tecnológico es absolutamente central para la arqueología, que habla de la evolución cultural como un hecho observable. Aquí, las ciencias y las humanidades definitivamente deben divergir, porque para las ciencias la noción de evolución cultural es un oxímoron. La evolución, en la ciencia, es un proceso puramente disteleológico: no tiene propósito ni objetivo, ni razón última. La arqueología, por otro lado, percibe al “humano anatómicamente moderno (HAM)”, como la corona de la evolución, como el objetivo último del proceso, al menos de forma subconsciente. En años re-

cientes, esto ha conducido incluso a negar a todos los homínidos anteriores a estos humanos modernos un estatus humano, y muchos investigadores en arqueología y campos similares se refieren sólo a los HAM cuando usan el término humanos. Desde una perspectiva científica, esto es absurdo, pues todos los miembros del género *Homo* son, por supuesto, humanos, desde el *Homo habilis* hasta el *Homo sapiens neanderthalensis* y el *Homo sapiens sapiens*.

En este punto, el gran abismo entre las ciencias y la arqueología del Pleistoceno (y, en cierta medida, la paleoantropología) se pone claramente de manifiesto. Estas perspectivas humanísticas eurocéntricas y el uso también eurocéntrico del término prehistórico, que tienen su origen en el pensamiento del siglo XIX, son atribuibles a fantasías de superioridad sobre los “primitivos” del mundo. Son expresiones de neocolonialismo y están estrechamente relacionadas con los orígenes de la arqueología como un esfuerzo de construcción nacional después del periodo napoleónico. La confusión puede esclarecerse al recordar que en alemán e italiano, por ejemplo, las palabras *Geschichte* y *storia* tienen significados completamente distintos. En ambos casos pueden significar tanto “historia” (en el sentido de *la* historia) como cuento. O, en otras palabras, el uso de estas dos palabras en inglés es un tanto engañoso, puesto que la historia siempre es sólo un cuento, una interpretación y un embellecimiento. Esto se reconoce en algunos idiomas, donde el significado se vuelve aparente en el contexto. La historia, como la conocemos, debe verse como una narrativa sobre el pasado, una interpretación de ese pasado puntualizada con fragmentos fácticos, pero siempre extensamente editada por varios procesos. Por ejemplo, la mayoría de las personas que han vivido a lo largo de la historia escrita fueron, sin duda, analfabetas, mientras que la historia inevitablemente fue escrita por sus vencedores, por las élites y sus escribas. El grafiti en los monumentos y las paredes de roca probablemente es una fuente más confiable que muchos de estos grandiosos cuentos.

También es necesario recordar que muchos textos históricos persiguen ciertos intereses y son difíciles de traducir o transcribir. Un ejemplo de la falta de fiabilidad de un texto histórico es la Biblia, que contiene cierta duplicación de historias, en ocasiones con contradicciones e inconsistencias, y es mínimo lo que puede verificarse en fuentes independientes. Muchas de las historias principales de la Biblia, como la creación del mun-

do, la inundación de Noé o el Éxodo, así como muchos otros detalles de la historia de los israelitas, están completamente desprovistas de cualquier respaldo creíble. Afirmar que la disponibilidad de textos descifrables necesariamente implica que constituyen fuentes confiables que cambian de forma significativa la calidad de la información presentada, no puede sostenerse a partir de tales observaciones.

Esto da lugar a la objeción más fundamental al término “prehistórico”, que es científica y lógica. La proposición clave implícita de que los registros escritos son más confiables que los orales no es comprobable o falsificable y, por lo tanto, no es científica. Es, simplemente, una suposición o afirmación imposible de demostrar, y sus contraargumentos están al alcance de la mano. Algunos de los mitos creacionistas de los aborígenes australianos, de distintas zonas del país, sugieren que la información que contienen fue transmitida de manera fidedigna por medios orales, durante varios milenios, que en algunos casos deben extenderse por más de diez mil años. Esa información es geológica o geográfica. Por ejemplo, un mito de la región del Monte Gambier, en el sur de Australia, describe con gran detalle las erupciones volcánicas que ocurrieron hace alrededor de cinco mil años, incluso describen correctamente la secuencia en la que las fumarolas fueron expulsadas. Otros describen cómo las personas solían caminar a la Isla de los Canguros y la de los Jardines, que era en efecto posible durante el Pleistoceno. En la Tierra de Arnhem, los aborígenes creen que sus ancestros fundadores cruzaron el océano en botes desde el este, que es lo más probable. Pero el reporte más dramático es el de una historia documentada en la década de 1950, que cuenta que en el pasado muy distante existía un inmenso lago de agua dulce al oeste de la Península del Cabo York, en el que había una enorme isla, y la gente viajaba por canoa a la Tierra de Arnhem, lo que les tomaba varios días. En aquel tiempo esta historia se consideró un mito, pero en los años sesenta, el mapeo del fondo del mar en el Golfo de Carpentaria reveló la antigua existencia de una vasta masa de agua dulce, que los oceanógrafos llaman ahora Lago Carpentaria y, en efecto, había una gran isla en él. En el tiempo de la existencia del lago, el norte de Australia y Nueva Guinea estaban unidos, pero hace alrededor de diez mil o doce mil años, con la elevación del nivel del mar, el océano cubrió la depresión y el golfo entero.

En comparación con periodos tan inmensos, es evidente que los textos escritos que tenemos del primer milenio antes de la era común se han vuelto casi indecifrables, por lo mucho que la lengua y los significados han cambiado. Actualmente, sólo los especialistas pueden leer y comprender correctamente los significados de textos como la Biblia. Por lo tanto, podría ser razonable sugerir que la transmisión oral de la información, mediante el uso de la rima y el ritmo, es necesariamente más confiable que la escrita. Es bien sabido que las sociedades tradicionales o sin escritura tienen capacidades extraordinarias para memorizar extensas baladas y otros textos, palabra por palabra. Las sociedades que usan registros escritos pierden esta habilidad, como Platón observó hace tanto tiempo, cuando afirmó que el uso de la escritura “promueve la falta de memoria”, porque las personas “estaban trayendo cosas a la memoria ya no desde dentro de sí mismos, sino de señales externas”.⁴ En efecto, el cerebro de una persona alfabetizada difiere de forma significativa de una que no lo está, puesto que toda la actividad cultural modifica la química y la estructura del cerebro al afectar el flujo de neurotransmisores y hormonas,⁵ así como la cantidad de materia gris.⁶ La introducción general de la escritura en siglos recientes ha transformado drásticamente el cerebro de los adultos humanos: aunque comienzan como bebés con cerebros similares a los de las personas analfabetas, estos cerebros se reorganizan gradualmente en la forma en que lo demanda el razonamiento que implica saber leer y escribir, que es completamente distinto de los patrones de pensamiento que se encuentran en sociedades orales.⁷ Lo mismo sucede en el caso de la introducción, más reciente, de las computadoras. El uso de todos los sistemas de símbolos (lenguajes de

⁴ En Fedro, 274e-275a.

⁵ L.M. Smail, *On Deep History and the Brain*, Berkeley, University of California Press, 2007.

⁶ E.A. Maguire, D.G. Gadian, I.S. Johnsrude, C.D. Good, J. Ashburner, R.S.J. Frackowiak y C.D. Frith, “Navigation-related Structural Change in the Hippocampi of Taxi Drivers”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 97 (8), 2000, pp. 4398-4403; B. Draganski, C. Gaser, V. Bush, G. Schuierer, U. Bogdahn y A. May, “Changes in Grey Matter Induced by Training”, *Nature*, 427 (6972), 2004, pp. 311-312; L. Malafouris, “Beads for a Plastic Mind: The ‘Blind Man Stick’ (BMS): Hypothesis and the Active Nature of Material Culture”, *Cambridge Archaeological Journal*, 18 (3), 2008, pp. 401-414.

⁷ P.A. Helvenston, “Differences Between Oral and Literate Cultures: What We Can Know about Upper Paleolithic Minds”, en R.G. Bednarik (ed.), *The Psychology of Human Behaviour*, Nueva York, Nova Press, 2013, pp. 59-110.

computadora, convenciones para diagramas, estilos de pintura) influye en la percepción y el pensamiento.⁸

Sin embargo, estas diferencias en materia de escritura, fundadas científicamente, no justifican la separación entre la historia y la prehistoria, en ausencia de cualquier evidencia creíble de que los constructos de la prehistoria son considerablemente menos confiables que los de la historia; estas dos narraciones del pasado tienen niveles desconocidos de veracidad. Debería resultar evidente por sí mismo que no puede haber una historia anterior a la historia y, puesto que la demarcación no puede definirse en términos científicos y probablemente no tiene sentido, no debería constituir la base de una disciplina. Afortunadamente existe una forma de sortear el asunto, que consiste en clasificar el uso de historia que se refiere a un periodo específico marcado por la llegada de una característica arbitraria (como la escritura) nombrando este periodo de esta manera, con una inicial mayúscula, Historia (de la misma forma que otras eras arbitrarias de la historia son nombradas, como el Renacimiento o el Mesolítico). En consecuencia, este periodo arbitrario puede ser precedido por el periodo llamado pre-Historia, como el pre-Renacimiento. No puede haber objeción alguna, si la palabra se clasifica así, de que sólo es un término que han dado personas con una actitud particular hacia la historia. El término genérico permanece con minúscula, el que se refiere a la historia en general.

LA ARQUEOLOGÍA Y EL NACIONALISMO

Habiendo considerado de esta forma la incongruencia, el neocolonialismo y la insensibilidad del término prehistoria, puede agregarse que esta palabra es apropiada en contextos como “monstruos prehistóricos” para niños, pero no debería haber lugar para ella en el uso académico. Por lo tanto, el segundo término en el título de este artículo, nacionalismo, puede analizarse ahora. El nacionalismo se relaciona con un patriotismo excesivo, un chovinismo y jingoísmo, y en un sentido general puede definirse como la devoción a los intereses o la cultura de la nación propia. El nacionalismo expresa una creencia, doctrina o política de que las naciones se beneficia-

⁸ N. Goodman, *Ways of Worldmaking*, Indianapolis, Hackett Publishing Company, 1978.

rán más de actuar de forma independiente, en lugar de colectiva, enfatizando objetivos nacionales en lugar de globales. Como movimiento, el nacionalismo tiende a hacer hincapié en expresiones populares, la historia, las aspiraciones y las prioridades de una nación, además de que promueve los logros de individuos (artistas, inventores, deportistas, escritores, científicos, pensadores y demás) con base en su supuesta nacionalidad. Pero su aspecto más interesante en el presente contexto es su sesgo historiográfico: el nacionalismo es un determinante significativo y persuasivo de cómo se escribe la historia y se construye la identidad nacional.

La contradicción fundamental aquí es que, mientras el nacionalismo busca determinar la historia de la nación, el nacionalismo en forma de lealtad al Estado nación es un desarrollo muy reciente, que no existió durante la mayor parte de la historia de los humanos o sus ancestros. Por lo tanto, usurpa una historia en la que no tuvo ningún papel. El nacionalismo surgió apenas a mediados del siglo XVIII⁹ y se desarrolló en las agitaciones políticas que ocurrieron más tarde en ese siglo, con acontecimientos como la Revolución Francesa y la independencia estadounidense. Con la conclusión del periodo napoleónico, Europa debía reorientarse políticamente, y este proceso incluía el establecimiento de Estados nación, en buena medida como los conocemos ahora. Fue en este periodo de ajuste político cuando la arqueología surgió como una nueva disciplina, y su papel era bastante específico: proveer a las naciones en desarrollo de pre-Historias, proto-Historias e Historias tempranas. Desde entonces, la arqueología ha continuado siendo una actividad principalmente política, dedicada al servicio del Estado nación. Por un lado, contribuye a crear el concepto de Estado al contrastarlo con “el otro”, es decir, las sociedades más primitivas del mundo. Por otro lado, invita al reconocimiento de las glorias pasadas de la nación. No es sorprendente que un sinnúmero de líderes políticos hayan aprovechado esta glorificación del pasado, como la celebración triunfal del difunto sha de Irán por los 2500 años de gobierno monárquico persa, o la manipulación hecha por Saddam Hussein del glorioso pasado de Mesopotamia para justificar la anexión de Kuwait.¹⁰ Los usos políticos de la arqueología son preva-

⁹ G. Newman, *The Rise of English Nationalism: A Cultural History, 1740-1830*, Londres, Palgrave Macmillan, 1997.

¹⁰ P.L. Kohl y C. Fawcett, “Archaeology in the Service of the State: Theoretical

lentes y tienden a ser particularmente obvios en los Estados totalitarios: “Estoy orgulloso de ser portugués, y la causa principal de mi orgullo es la historia de mi país... Historia admirable de una noble raza que no tiene igual en el mundo”.¹¹

Existen dos perspectivas principales sobre los orígenes y la base del nacionalismo.¹² La perspectiva primordialista describe el nacionalismo como un reflejo de una tendencia antigua y supuestamente evolutiva de los humanos de organizarse en grupos distintos con base en una afinidad de nacimiento. No logra explicar porqué el nacionalismo no se desarrolló varios milenios antes, sino que llegó como resultado de una constelación política particular en Europa. La perspectiva modernista, por otro lado, describe correctamente el nacionalismo como un fenómeno reciente que requiere las condiciones estructurales de la sociedad moderna para existir. Éstas incluyen una economía industrial capaz de hacer a la sociedad autosustentable, un poder central supremo capaz de mantener la autoridad y la unidad, y una lengua centralizada o un pequeño grupo de lenguas centralizadas que una comunidad entienda.¹³

El arqueólogo Bruce Trigger ha dividido la arqueología en tres clases: nacionalista, colonialista e imperialista¹⁴ y, aun así, muchos otros arqueólogos niegan su papel político.¹⁵ Después de todo, es el arqueólogo quien decide si antes había un templo hindú o judío en el sitio en el que ahora se encuentra una mezquita (una decisión que puede implicar un gran derramamiento de sangre) y es el arqueólogo quien decide por qué medios las víctimas en esta o aquella fosa común encontraron su fin.¹⁶ A lo largo de la

Considerations”, en P.L. Kohl y C. Fawcett (eds.), *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 3-18.

¹¹ A.F. de Sampaio, *Porque me orgulho de ser Português*, Lisboa, Empresa Literária Fluminense, 1926, pp. 13, 33.

¹² A. Motyl (ed.), *Encyclopedia of Nationalism*, vol. 1, San Diego, Academic Press, 2001.

¹³ *Ibid.*, p. 508.

¹⁴ Véase B.G. Trigger, “Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist”, *Man*, 19, 1984, pp. 355-370; B.G. Trigger, *A History of Archaeological Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

¹⁵ Véase, entre otros, M. Shanks y C. Tilley *Re-constructing Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

¹⁶ R.G. Bednarik, *Creating the Human Past: An Epistemology of Pleistocene Archaeology*, Oxford, Archaeopress, 2013.

historia de la disciplina, los arqueólogos han creado pasados grandiosos ficticios para los Estados nación alrededor del mundo. Igual que los arqueólogos de la extinta Unión Soviética estaban obligados a servir a sus autoridades políticas, muchos de los movimientos nacionalistas extremos de la Rusia moderna están liderados por arqueólogos e historiadores. Como el historiador E.J. Hobsbawm¹⁷ afirmó, “los historiadores son para el nacionalismo lo que los productores de amapola en Pakistán son para los heroínómanos; proveemos la materia prima esencial para el mercado”. A lo cual los arqueólogos Kohl y Fawcett¹⁸ agregaron “en vez de ser sólo productores de materias primas, los historiadores y arqueólogos a veces pueden parecerse más a traficantes de estas sustancias alucinantes en las calles de las ciudades, si no es que a capos de la mafia maniobrando todas las fases de la sórdida operación”. Los usos políticos de los “hallazgos [arqueológicos] han provocado enfrentamientos étnicos, limpiezas étnicas, intolerancia y nacionalismo con mucha mayor frecuencia de lo que han promovido la justicia social”.¹⁹ “La arqueología nacionalista, tanto en el pasado como en el presente, ha sido cómplice en la causa de una gran cantidad de sufrimiento de los seres humanos”.²⁰ Estos comentarios tal vez se refieren principalmente a la participación de arqueólogos en la URSS, la Alemania nazi, el Portugal de Salazar, la España de Franco, la China de Mao, los países balcánicos y su nacionalismo desenfrenado basado en la arqueología, así como la región del Cáucaso, el Medio Oriente, o la Sudáfrica del apartheid. Sin embargo, en menor medida, la dimensión política de la arqueología es evidente en todo el mundo y sus aspiraciones curatoriales y prácticas restrictivas no sólo son anticientíficas, sino que están respaldadas por Estados nación, a los que en general sirven los practicantes de la arqueología. Los arqueólogos están capacitados y acreditados por el Estado y, en muchos casos, empleados por él, y buscan activamente monopolizar la investigación arqueológica —una imposición inaceptable en cualquier otra disciplina, excepto en la medicina

¹⁷ E.J. Hobsbawm, “Ethnicity and Nationalism in Europe Today”, *Anthropology Today* 8 (1), 1992, pp. 3-13.

¹⁸ Kohl y Fawcett, *op. cit.*, p. 13.

¹⁹ B.G. Trigger, “Romanticism, Nationalism, and Archaeology”, en P.L. Kohl y C. Fawcett (eds.), *op. cit.*, p. 263.

²⁰ *Ibid.*, p. 279.

por razones éticas—. No se les ocurre a los arqueólogos que tales prácticas restrictivas se contraponen a los ideales de la libertad académica y los de la ciencia.

Aunque algunos arqueólogos, como Lothar Zotz, hayan protestado contra el mal uso que ha hecho el Estado de sus hallazgos —cuya información fue utilizada para propaganda del régimen fascista alemán—²¹ tales objeciones generalmente fueron inconsecuentes en los Estados totalitarios. Incluso en ambientes políticos más moderados, los académicos comprometidos con el Estado nación son significativamente más obedientes con sus políticas que los que no lo están; por ejemplo, algunos arqueólogos australianos colaboran tranquilamente con el Estado en la destrucción de sitios de pinturas rupestres, a lo que se oponen los no arqueólogos, los aborígenes y el público;²² o cuando se vuelve política gubernamental enfatizar el pasado militar de la nación, ofrecerán sus servicios para trabajar en ese tema —aunque la más pura manifestación de ese pasado sea la ignominiosa derrota en Galípoli—. Considerando que ningún soldado australiano ha muerto defendiendo su país (todos han muerto atacando a otro ejército en el extranjero), resulta particularmente revelador que las decenas de miles de guerreros que murieron en tierra australiana defendiendo Australia contra los invasores no han recibido absolutamente ningún reconocimiento o monumento. De hecho, algunos historiadores revisionistas se dedican a justificar sus sacrificios, y no existe financiamiento para excavar ningún aspecto de los campos de la muerte australianos (figura 1). En la construcción del pasado militar glorioso de Australia, se exhorta a los historiadores a omitir sus aspectos más innobles, como el tratamiento miserable que dieron a los rastreadores aborígenes que enviaron a la guerra bóer (quienes fueron abandonados en Sudáfrica en lugar de ser repatriados), la revuelta de soldados australianos en El Cairo (por disputas de burdel) o la masacre de 137 árabes inocentes que fueron atacados con bayonetas y garrotes hasta la muerte en el pueblo de Surafend, Palestina, el 10 de diciembre de 1918. Por otro lado, se enfatizan, si no es que se exageran, crímenes similares cometidos por

²¹ B. Arnold y H. Hassmann, "Archaeology in Nazi Germany: The Legacy of the Faustian Bargain", en P.L. Kohl y C. Fawcett (eds.), *op. cit.*, p. 80.

²² R.G. Bednarik, *Australian Apocalypse. The Story of Australia's Greatest Cultural Monument*, Melbourne, Occasional AURA Publication 14, Australian Rock Art Research Association, 2006.

Figura 1. Representación de los campos de muerte de los australianos.



soldados de Estados enemigos. De este modo, el pasado militar de cualquier Estado nación es una distorsión, y tanto los historiadores como los arqueólogos están financiados por el Estado para perpetuar o aumentar la falsificación del pasado por el bien del nacionalismo, mientras que los individuos que denuncian este engaño pueden considerarse antipatriotas.

Existen numerosos ejemplos de la interacción entre las corrientes políticas y la arqueología. S.N. Bykovski notó que “un historiador lleva a cabo una tarea política al expresar sus intereses e inclinaciones políticos en la elección de un tema en particular, en sus herramientas metodológicas y en

su representación de los datos históricos.²³ Sin embargo, como Kohl y Fawcett²⁴ anotan, los nobles objetivos de Bykovski fueron fácilmente subvertidos por arqueólogos soviéticos al servicio del Estado, que abandonaron los estándares de evidencia y adoptaron teorías lingüísticas de la arqueología rusa chovinista que son claramente incorrectas. Arnold y Hassmann²⁵ describen cómo el “pacto fáustico” de la arqueología alemana con el nacional-socialismo aún persigue a la arqueología alemana actual y su impresionante análisis al respecto desafortunadamente no ha sido emulado en muchos otros países. Por ejemplo, existen diferencias considerables en la calidad de la enseñanza e investigación arqueológicas de diferentes tradiciones nacionales y, sin embargo, rara vez han sido examinadas y aun menos explicadas. Díaz-Andreu²⁶ ofrece otro análisis profundo de la relación entre el nacionalismo y la arqueología, que se enfoca en el régimen fascista de España, además del nacionalismo y la arqueología catalanes, vascos y gallegos. Sería particularmente interesante investigar cómo los cambios en el pensamiento arqueológico que resultan de la caída de un Estado totalitario afectaron la arqueología, y para esto se cita el ejemplo de Portugal.

Mientras que otros gobiernos fascistas en Europa fueron eliminados, la dictadura de Salazar en Portugal llegó a su fin el 25 de abril de 1974, cuatro años después de la muerte de Salazar. Hasta entonces, el papel de la arqueología había consistido en fortalecer el nacionalismo portugués y crear nociones de “épocas doradas” en el pasado, como la glorificación de la Era de Cobre. Esto respaldó el énfasis de Salazar en el papel colonizador y civilizador de su Estado, que culminó en las guerras coloniales que constituyeron un factor clave en el golpe de Estado militar de izquierda de 1974. Un mes después de la Revolución de los Claveles, alrededor de cincuenta arqueólogos de izquierda solicitaron al ministro de Educación y Cultura el establecimiento de la arqueología como una disciplina académica formal.

²³ S.N. Bykovski, “O classovykh kornakh staroi arkhelohii, *Soobshcheniya Gosudarstvennoi Akademii Istorii Materialnoi Kultury*, 9-10, 1931, pp. 2-5, citado en V.A. Shnirelman, “From Internationalism to Nationalism: Forgotten Pages of Soviet Archaeology in the 1930’s and 1940’s”, en P.L. Kohl y C. Fawcett (eds.), *op. cit.*, pp. 120-138.

²⁴ *Ibid.*, p. 6.

²⁵ *Idem.*

²⁶ Díaz-Andreu, “Archaeology and Nationalism in Spain”, en P.L. Kohl y C. Fawcett (eds.), *op. cit.*, pp. 39-56.

(Es necesario recordar que aún existen países, como es el caso de Brasil, que no reconocen este campo como una disciplina formal). También fueron responsables de la disolución del Centro Piloto de Arqueología, que había sido la agencia de la dictadura para el control de la arqueología y que había impedido que individuos “indeseables” llevaran a cabo trabajo de campo.²⁷ Su posición se explica en un artículo titulado “La arqueología al servicio del fascismo” del periódico *Diário de Lisboa* de aquel tiempo.

Entre los primeros graduados de esta licenciatura recién establecida estaba un joven politizado y ambicioso: João Carlos Teiga Zilhão. En 1995, Portugal enfrentó la cuestión Côa, en la que la Federación Internacional de Organizaciones de Arte Rupestre (IFRAO, por sus siglas en inglés) objetó la construcción de una presa que inundaría una serie de sitios de arte rupestre. Tal objeción fue liderada por el representante portugués de la IFRAO, y Zilhão se unió al movimiento cuando éste comenzó a ser exitoso, presentándose incluso para un cargo público en una elección. El gobierno conservador fue derrotado contundentemente en octubre de 1995, y Zilhão expulsó al representante de la IFRAO y comenzó a marginar a sus oponentes. Con el apoyo de su amigo, el nuevo ministro de Cultura, estableció una nueva autoridad arqueológica: Instituto Português de Arqueologia y se volvió su encargado. Tan pronto como asumió el cargo, comenzó a engañar al público sobre la existencia de arte rupestre en otro valle portugués que se inundaría, el valle Guadiana. La IFRAO se opuso de nuevo al proyecto, pero dado que Zilhão y sus arqueólogos habían escondido este arte rupestre durante años, la presa estaba virtualmente terminada y el arte rupestre de Guadiana, uno de los complejos más grandes en Europa, está perdido para siempre.²⁸ Sin embargo, el gobierno de izquierda fue derrotado en la siguiente elección, Zilhão se convirtió en una persona non grata y dejó el país.

Este ejemplo muestra la intrincada manera en que la política y la arqueología están interconectadas, y éste no es un caso aislado. Al igual que en las décadas de la dictadura fascista, esta fuerte conexión continuó a lo largo del régimen socialista posterior. El fuerte lazo entre la arqueología y

²⁷ K.T. Lillios, “Nationalism and Copper Age Research in Portugal During the Salazar Regime (1932-1974)”, en P.L. Kohl and C. Fawcett (eds.), *op. cit.*, pp. 57-69.

²⁸ R.G. Bednarik, “Public Archaeology and Political Dynamics in Portugal”, *Public Archaeology*, 3 (3), 2004, pp. 162-166.

todos los gobiernos de derecha en otros lugares se repite en relaciones similares con regímenes socialistas o comunistas, como el de Rusia y China. En otras palabras, cualquier orientación en el espectro político parece provocar un interés en la historia y la arqueología, y tal vez influir en los hallazgos de estas disciplinas. Puesto que los arqueólogos rara vez hacen explícitas sus agendas políticas, sociales o psicológicas, el historiógrafo posee una escasa documentación confiable de tan importantes factores.

Para ilustrar el asunto de la justificación del nacionalismo, puede emplearse de forma útil el ejemplo mexicano. El nacionalismo es imposible en ausencia de la identidad nacional que, en este caso, fue propuesta por primera vez, después de siglos de colonialismo español, por la élite criolla de finales del siglo XVIII.²⁹ En su mito, los orígenes de México se explicaron a través de la fundación de Tenochtitlan y la Virgen de Guadalupe. A principios del siglo XIX, el movimiento de independencia buscó unir a criollos, indígenas y mestizos contra los peninsulares o gachupines (españoles). Afirmaban que existía una continuidad desde la nación azteca hasta la nación independiente posterior a 1821, es decir, después de que la independencia de España se asegurara.³⁰ Durante el resto del siglo, los mestizos lograron influencia económica y política, sugiriendo que sólo ellos podían construir la nación de manera efectiva.³¹ Después de la Revolución Mexicana (1910-1920), las ideas de la nación mestiza y la raza cósmica cobraron importancia en referencia al significado de la "mexicanidad", como las promovió el antropólogo Manuel Gamio.³² La revolución probablemente fue más una guerra civil, cuyos actores principales fueron esencialmente caudillos locales, mientras que el objetivo proclamado de redistribución de la tierra y reforma social fue logrado en una media muy limitada. Las aspiraciones indígenas permanecieron insatisfechas; de hecho, ni siquiera se menciona a los indígenas en la Constitución de 1917. El surgimiento de la

²⁹ D. Brading, *The Origins of Mexican Nationalism*, Cambridge, Cambridge Latin American Miniatures, 1985; E. Florescano, *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Taurus, 2001.

³⁰ D. Brading, *op. cit.*, p. 48.

³¹ A. Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, con una introducción de A. Córdova, México, Era, 1978.

³² D. Brading, *Prophecy and Myth in Mexican History*, Cambridge, Cambridge Latin American Miniatures, 1984, cap. 3.

idea del multiculturalismo, en oposición a la preferencia impuesta anteriormente de homogeneidad étnica, no se ha traducido en derechos iguales para los indígenas.³³ Agencias gubernamentales sucesivas tuvieron la misión de “mexicanizar” a los indígenas: la Dirección de Antropología (1918-1934), el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas (1935-1947) y el Instituto Nacional Indigenista (1948-2002). En la segunda mitad del siglo XX, la restauración y remodelación de los monumentos arqueológicos precolombinos se volvieron emblemas de orgullo nacional.³⁴ Las décadas de 1970 y 1980 presenciaron el surgimiento de numerosas organizaciones indígenas dedicadas a la preservación de la cultura tradicional y los derechos de tierras, mientras que en la década de 1990 hubo manifestaciones contra la invasión española. Estos hechos culminaron en el levantamiento en Chiapas, en 1994, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). La reforma constitucional de 2001 reconoce tres derechos culturales fundamentales: el derecho a la visibilidad y la presentación pública digna, el derecho a la preservación y reproducción cultural y el derecho a la voz política de un pueblo cultural como tal.³⁵ El México actual permanece plagado de diferencias políticas significativas, que van desde los zapatistas y maoístas de izquierda hasta un conjunto de organizaciones de extrema derecha y, desde 2006, la guerra contra las drogas, la más reciente de las numerosas guerras de México,³⁶ que ha provocado más de 60 mil muertes, probablemente cerca de cien mil.

De este modo, la historia mexicana ilustra los esfuerzos del Estado nación por justificar su existencia al crear mitos de homogeneidad racial que las minorías étnicas rechazan, un patrón que se repite en muchos, si no es que en todos los países latinoamericanos, en una variedad de desarrollos históricos. Es evidente por sí mismo que muy pocos Estados naciones en el

³³ D.L. Van Cott, *The Friendly Liquidation of the Past: The Politics of Diversity in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000; N.G. Postero y L. Zamosc (eds.), *The Struggle for Indigenous Rights in Latin America*, Brighton y Portland, Sussex Academic Press, 2004; D.J. Yashar, *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

³⁴ A. Saragoza, “The Selling of Mexico: Tourism and the State, 1929-1952”, en G. Joseph, A. Rubenstein y E. Zolov (eds.), *Fragments of a Golden Age: The Politics of Culture in Mexico since 1940*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 91-115.

³⁵ J. Pakulski, “Cultural Citizenship”, *Citizenship Studies* 1 (1), 1997, pp. 73-85.

³⁶ http://en.wikipedia.org/wiki/List_of_wars_involving_Mexico.

mundo pueden afirmar de manera razonable que son étnicamente homogéneos, y una pequeña minoría entre ellos no ha adquirido su territorio mediante la guerra o la conquista, o mediante la marginación, la erradicación o la opresión de las sociedades anteriores. Islandia sería una de las pocas excepciones, en tanto que los vikingos colonizaron una isla que no había estado ocupada por humanos. También resulta evidente por sí mismo que casi todos los Estados naciones actuales tienen fronteras que no reflejan de manera alguna la distribución geográfica de ningún grupo étnico; que existen cientos de grupos étnicos que están divididos por fronteras nacionales y que muchas de estas fronteras son simplemente líneas rectas en un mapa, a menudo consecuencia de historias coloniales. Por lo tanto, los Estados naciones normalmente carecen de una justificación objetiva; existen de forma universal porque benefician a una pequeña clase específica de élites gobernantes, y suelen ser una carga en lugar de un beneficio para la población general, especialmente en tiempos de guerra. El argumento principal que busca justificar la existencia de los Estados naciones es que las sociedades vecinas también los tienen, y podrían atacar, de forma que una nación “debe estar preparada” mediante la unidad nacional. Éste, por supuesto, es un argumento circular. La doctrina definitoria del nacionalismo, que consiste en que las naciones se beneficiarán de actuar de forma independiente, en lugar de colectivamente, enfatizando los objetivos nacionales en lugar de los globales, no sólo ha sido enormemente perjudicial para la humanidad; esta política de interés propio también ha sido considerablemente dañina para el planeta Tierra en conjunto. La mejoría en la educación de la humanidad en tiempos recientes ha hecho necesario apoyar los mitos del nacionalismo y, en su creación, tanto la Historia como la pre-Historia han estado íntimamente involucradas durante este largo tiempo.

Esto nos conduce a la importante cuestión del nexo entre las humanidades que son la historia y la arqueología. La percepción de que la arqueología es prácticamente lo mismo que la pre-Historia es una gran falacia. La mayoría de la producción arqueológica actual no está en lo absoluto interesada en el mundo antiguo de los humanos.³⁷ Trata periodos históricos, como los que siguieron a la introducción de la escritura, y relativamente

³⁷ R.G. Bednarik, *Creating the Human Past...*, *op. cit.*

pocos arqueólogos investigan los tiempos más remotos. Las actividades históricas, como la arqueología industrial, militar o náutica dominan ahora, especialmente en las regiones en las que las poblaciones indígenas han obtenido influencia política en décadas recientes y objetan la interpretación de lo que consideran la apropiación de sus historias por quienes se llaman a sí mismos expertos, quienes son vistos como forasteros. Esto agrega un sesgo ulterior, y la arqueología es vista cada vez más como un método, en lugar de una disciplina, centrada esencialmente en la excavación. En el centro de todo esto, sin embargo, se encuentra el reconocimiento de que tanto la Historia como la pre-Historia son siempre actividades políticas, y que la mayor fuerza en la política, el nacionalismo, ha tenido una afinidad cercana con ambas desde principios del siglo XIX. Históricamente, la arqueología ha estado basada en el interés por las antigüedades y la búsqueda de orígenes étnicos y religiosos, y su papel predestinado consiste en asegurar la identidad cultural y la legitimidad política de sus clientes, los Estados naciones.

CONSTRUYENDO UNA PRE-HISTORIA SIN NACIONALISMO

Todo esto muestra que las reconstrucciones que ofrecen tanto la Historia como la pre-Historia están, de alguna forma, interconectadas con el nacionalismo. Este es el caso en parte porque las tradiciones de investigación están delimitadas en los términos de las entidades nacionales. El nacionalismo no puede existir sin naciones, y las naciones dependen del nacionalismo para definirse. Las naciones son, como observó John Lennon en su famosa canción, tan innecesarias como las religiones para tener una sociedad humana funcional, por lo que el valor del nacionalismo para la humanidad es debatible. Su único aspecto positivo central es que sirve a las élites políticas y económicas gobernantes y sus estructuras administrativas. Esto no es sólo así porque el tribalismo o balcanismo que subyace no produce beneficio alguno para la población general, sino porque su egoísmo compartido ha llevado históricamente a una degradación ambiental significativa. Por ejemplo, las decenas de miles de barcos que se han construido a lo largo de milenios sólo para ser hundidos de manera ritual a intervalos regulares durante las guerras, han provocado la desaparición de la mayoría de

los bosques alrededor del Mediterráneo. El trabajo y la materia prima que se han invertido en miles de guerras han beneficiado a pocas personas, pero en general sólo han significado sacrificios incalculables. No es sorprendente que Samuel Johnson llamara al patriotismo, inseparable del nacionalismo, el último refugio del sinvergüenza.

¿Puede construirse una pre-Historia sin el nacionalismo? Puesto que los Estados nación son constructos inventados que no poseen valor intrínseco—excepto para aquellos que se benefician de su existencia— parecería posible crear una pre-Historia libre de nacionalismo. Muchos aspectos de la arqueología ya operan, de una u otra forma, fuera del nacionalismo, al menos en cierta medida. Por ejemplo, las arqueologías marxistas o feministas intentan funcionar más allá de las agendas nacionalistas. De importancia particular es el papel del nacionalismo en la administración del patrimonio cultural. En una serie de reuniones entre la IFRAO y la Oficina de Patrimonio Cultural de la UNESCO en París, la IFRAO presentó un argumento interesante. Entre los monumentos culturales de la Lista de Patrimonio Mundial hay un sesgo perceptible en favor de propiedades en Europa y aquellas que representan el periodo de la Historia. Argumentamos que este énfasis era algo inoportuno desde la perspectiva de la UNESCO pues, en comparación con los de la pre-Historia, los monumentos culturales de la Historia son más propensos a ser divisivos, ya sea por razones religiosas, políticas o nacionalistas. Existe un sinnúmero de ejemplos de sitios de monumentos que son reclamados con vehemencia por facciones en competencia, como fanáticos y fundamentalistas religiosos, nacionalistas extremos y otros de esta índole. Estos reclamos no sólo son social y políticamente divisivos, sino que con frecuencia resultan en violencia y derramamientos de sangre. Son especialmente prominentes en la región que va desde el Medio Oriente hasta la India, pero pueden encontrarse formas menos virulentas en casi cualquier lugar.

En la medida en que un monumento se vuelve más viejo, su relevancia para estos reclamos en competencia guiados por motivos religiosos o políticos tiende a evaporarse. A mediados del periodo Holoceno, afirmaciones de esta clase pierden credibilidad, en tanto que sus premisas raciales, políticas, religiosas o culturales se disuelven en el tiempo. No significa que esto prevenga a los verdaderos creyentes de buscar los antecedentes de sus sistemas de creencias o sociedades en tiempos remotos, pero la falta manifiesta de

vínculos creíbles con el Neolítico o con sociedades anteriores tiende a debilitar dichos esfuerzos. Como regla general, los monumentos culturales más antiguos están más allá de reclamos *creíbles* de los nacionalistas modernos o los fundamentalistas religiosos; de hecho, algunas de las religiones principales rechazan la idea de que el universo existía hace más de seis mil años. Por lo tanto, nuestro argumento consistió en que las propiedades culturales más viejas tienden a unir grupos de interés, en vez de dividirlos. De la misma manera, es el nacionalismo el que divide a las naciones y es el internacionalismo, como el de la UNESCO, el que las une. La UNESCO aceptó nuestro punto de vista y anunció que su Lista de Patrimonio Mundial se ha vuelto “no representativa y, por lo tanto, carece de credibilidad”, y decidió que en el futuro discriminará en favor de tres clases de propiedades: sitios de arte rupestre, yacimientos de homínidos y lugares arqueológicos significativos.

Esto ilustra la importancia de mantener a la pre-Historia libre del nacionalismo y los sesgos relacionados. La dificultad consiste en que todas las tradiciones de la arqueología están atadas a Estados naciones o conglomerados de Estados naciones. Es de ellos de quienes derivan su orientación, prioridades, estructuras educativas y financiamiento. Estas tradiciones de investigación en distintas regiones del mundo difieren tanto una de otra que difícilmente pueden subsumirse bajo un mismo término, como el de arqueología.³⁸ Por ejemplo, en Estados Unidos, la mayor parte de la arqueología está unida a los departamentos de antropología, mientras que en Europa la pre-Historia es vista como una extensión de la Historia. Los estadounidenses consideran sus monumentos prehistóricos como la propiedad cultural de alguien más, como es el caso en Australia, mientras que China y la India, por ejemplo, siguen la actitud europea, que consiste en ver a Lascaux y Stonehenge como monumentos esencialmente franceses o ingleses. En China, la historia humana temprana es considerada paleontológica en lugar de arqueológica, mientras que el arte rupestre de los periodos “históricos” tiende a situarse bajo la tutela de la historia del arte y no de la arqueología. Separar la historia humana en secciones “temprana” y “tardía” parece ser una solución sensata, puesto que el periodo tardío siempre estará sujeto a un tratamiento nacionalista y es, en cualquier caso, parte de

³⁸ *Ibid.*, cap. 2.

la Historia. La parte temprana, la pre-Historia, puede entonces aislarse de los efectos contaminantes del nacionalismo. Debe separarse, como se hace en China, y conducirse como una ciencia y no como una disciplina de las humanidades. El problema, en términos simples, es que la arqueología reclama ambas partes, que es precisamente lo que facilita la infiltración del nacionalismo en la pre-Historia. Es el nacionalismo intrínseco a la arqueología histórica lo que contamina la pre-Historia.

Entonces, la solución consiste en que la arqueología no debe ser vista tanto como una disciplina, sino como un método: la investigación tanto de fenómenos antiguos como recientes mediante una metodología específica dominada por la excavación estratigráfica y un conjunto de métodos, muchos de los cuales pueden tomarse de la ciencia forense. Puede servir tanto a la historia (la investigación de la Historia, que es lo que se hace con más frecuencia actualmente) como a la historia de los antepasados de los humanos (pre-Historia). Pero la segunda es una disciplina muy compleja, cuya investigación en sentido propio se extiende mucho más allá de los medios a disposición de la arqueología. El estudio de la historia de los antepasados de los humanos envuelve campos tan diversos como la paleoantropología, la paleoanatomía, la paleogenética, la neurociencia, la ciencia cognitiva y muchas otras, algunas de las cuales ni siquiera han sido definidas (como el estudio científico de los exogramas y su papel en la transformación de los humanos en tales).³⁹

Puesto que parece imposible separar la arqueología tradicional de sus dimensiones políticas, como, por ejemplo, de la prescripción de normas formuladas por la cultura dominante y no por las ciencias duras, esto ofrecería una respuesta a la pregunta de cómo la pre-Historia podría emanciparse del nacionalismo y de influencias igualmente oscuras. La pre-Historia debería tratarse como una disciplina estrictamente científica, lo que implicaría llevar a cabo predicciones para observaciones futuras sobre fenómenos que pueden medirse. La ciencia, hoy en día, favorece un relativismo epistémico normativo sobre un absolutismo demasiado simplificado, pero requiere procedimientos específicos de falsabilidad y repetición de los experimentos, además de que lucha por teorías refutables construidas en tér-

³⁹ R.G. Bednarik, "Doing with Less: Hominin Brain Atrophy", *Homo*, 65, 2014.

minos causales.⁴⁰ La arqueología, probablemente la más blanda de las “ciencias blandas”, está basada en la autoridad: no hay manera de probar las afirmaciones hechas con respecto a sedimentos excavados (y destruidos), por ejemplo; deben creerse en la forma que son enunciados, algo que no es aceptable en una ciencia. Cuando tratamos la historia humana anterior al oscuro pasado de la Historia, ésta no es una base particularmente ventajosa de la cual partir.

Por lo tanto, esta propuesta de desvincular a la pre-Historia de la arqueología y la Historia implicaría desconectarla de esta última y relegar la arqueología a la condición de una metodología específica utilizada en busca de la comprensión del pasado humano, entre otros métodos. La arqueología también podría seguir sirviendo a la humanidad de muchas otras maneras, por ejemplo, al determinar la forma en que murieron las víctimas de masacres perpetradas en años recientes o al mapear los restos del *Titanic*, y podría continuar con su tradición de ganarse el favor del público y servir al militarismo, nacionalismo o patriotismo. Podría también seguir apoyando el estudio de la pre-Historia con su experiencia, pero debería discontinuar la práctica de inventar prehistorias para sociedades antiguas.

Por supuesto, la mayoría de los arqueólogos rechazarían esta propuesta sin pensarlo dos veces y darían muchas razones para ello. La larga lista de errores graves que la arqueología ha cometido durante casi dos siglos⁴¹ podría no verse como una razón adecuada, pero ¿qué hay de aquellos de tiempos muy recientes? Errores como la hipótesis de la “Eva africana”, la explicación arqueológica dominante de los orígenes de lo que se dice que son los “humanos anatómicamente modernos”,⁴² pero basada originalmente en un engaño sin respaldo creíble, es uno de los más recientes. También lo son muchos otros ejemplos, como el *Homo floresiensis* o las afirmaciones de Jinmium o Siega Verde.⁴³ La larga lista de errores no es lo preocupante, lo es el hecho de que muchos de ellos fueron tan difíciles de corregir histó-

⁴⁰ R.G. Bednarik, *Creating the Human Past...*, *op. cit.*

⁴¹ *Ibid.*, cap. 4.

⁴² R.G. Bednarik, “The Mythical Moderns”, *Journal of World Prehistory*, 21 (2), 2008, pp. 85-102.

⁴³ Corregidas, respectivamente, en M. Henneberg y J. Schofield, *The Hobbit Trap: Money, Fame, Science and the Discovery of a ‘New Species’*, Kent Town, Wakefield Press, 2008; R. Roberts, M. Bird, J. Olley, R. Galbraith, E. Lawson, G. Laslett, H. Yoshida, R. Jones, R. Fullagar, G.

ricamente por la forma en que la disciplina está estructurada.⁴⁴ Otra razón de la necesidad de liberar a la pre-Historia de la arqueología del Pleistoceno es la hostilidad de la disciplina al disenso, y a ser corregida. El proceso de corrección es considerablemente menos problemático en las ciencias duras debido a su exigencia fundamental de falsabilidad. Pero, sobre todo, la separación propuesta desvincularía al nacionalismo de la disciplina de la pre-Historia y acercaría la arqueología a la Historia y a la narración, donde parece mejor ubicada. 

Jacobsen y Q. Hua "Optical and Radiocarbon Dating at Jinmium Rock Shelter in Northern Australia", *Nature*, 393, 1998, pp. 358-362; R.G. Bednarik, "Fluvial Erosion of Inscriptions and Petroglyphs at Siega Verde, Spain", *Journal of Archaeological Science*, 36 (10), 2009, pp. 2365-2373.

⁴⁴ R.G. Bednarik, *Creating the Human Past...*, *op. cit.*; J.R. Thompson, "Archaic Modernity vs the High Priesthood: On the Nature of Unstable Archaeological-Paleoanthropological Orthodoxies", *Rock Art Research*, 31 (2), 2014.